

—*Es inevitable percibir en su vida un cierto desarraigo. Con diez años, había vivido en Sevilla, Madrid, Argelia, en Estados Unidos...*

—No sé si se trataba exactamente de desarraigo, pero sí de ir perdiendo paulatinamente la identidad. Algo que tampoco valoro como negativo. Me alegro de no ser de ningún sitio. Cuando digo que soy antinacionalista no tiene que ver sólo con los nacionalismos en España, sino en general con todo lo que significan las banderas y los himnos. Así como mi padre y mi madre pidieron la nacionalidad americana, y mi hermana también, yo nunca quise. ¿Por qué? No lo sé. Siempre conservé la nacionalidad española, lo cual me planteó muchísimos problemas, porque tenía un pasaporte republicano, que después perdí, y tenía que viajar con un documento que más o menos te redactabas tú mismo, y que llevabas a un notario; un papel en el que pedías que, por cortesía, te dejaran pasar.

—*Luego está su participación en la II Guerra Mundial. Una guerra un poco de película, como conductor voluntario de ambulancias. Entra borracho en Alemania, conoce a De Gaulle y se encuentra con Marlene Dietrich...*

—Sí, con De Gaulle coincidí en Colmar, hubo un desfile y no sé cómo acabé colándome en la comitiva, y de repente me vi en un balcón a su lado. No nos dijimos una sola palabra porque tampoco es que me cayera muy bien... Lo mismo hay alguna foto, no sé.

—*¿Y no hay foto con Marlene Dietrich?*

—Desgraciadamente, no creo que exista ninguna. Me topé con ella en la puerta de una tienda donde comprábamos los militares. Yo estaba saliendo, y ella llegaba en un taxi, lo primero que vi fue una pierna, y luego a Marlene Dietrich que llegaba también a comprar.

—*¿Cómo le afectó la guerra?*

—Me afecta primero el horror, porque la guerra de cerca me horroriza, pero me provoca también una profunda decepción porque es una guerra que no acaba con las guerras como se pensaba, sino que no sirvió para nada.

—*¿Cuándo comenzó a sentirse exiliado?*

—Nunca me lo había planteado. Tal vez en 1946, al término de la guerra, cuando parece claro que los aliados iban a dejar a Franco tranquilo, me doy cuenta por primera vez de que soy un exiliado y sí, recuerdo que le conté a mi padre que no quería ser un ruso blanco, no quería llevar una vida desgarrada por vivir fuera de un país al que, la verdad, tampoco me unían raíces muy profundas, de modo que decidí adaptarme.

—*Un periodista le comentó que hay un periodo en sus memorias en el que parece estar buscando constantemente unos padres adoptivos.*

—De alguna manera mis padres representaban la vida española mientras que yo lo que intentaba era incorporarme, precisamente por lo que hablábamos, al estilo de vida americano, al *american way of life*, y claro, me encontraba con que, por ejemplo, mi padre prohibía beber Coca Cola en casa. Imagínese lo que significaba llegar con un amigo a casa y decirle que en casa no bebíamos Coca Cola. Ese tipo de roces fue lo que me fue alejando de mis padres, creando conflictos. Cuento lo más trivial, pero eso se fue multiplicando a lo que estudiaba, a mis amigos, a todo lo que hacía.

—*Alguien comentó una vez de Pedro Salinas que era un excelente poeta, un magnífico profesor, y un mal padre, y sí se percibe en sus memorias una cierta voluntad de ajuste de cuentas con él.*

—Sí, bastante...

—*Dice, de hecho, que el hijo perfecto hubiera sido su cuñado Juan Marichal. ¿De algún modo la figura de su padre pesó negativamente sobre usted?*

—Juan Marichal era un hombre con quien mi padre podía conversar, hablaban de literatura española, de política, y Juan se sentía muy halagado. Pero no creo que el problema en mi caso fuera el peso de la figura de mi padre. Para mí era un profesor de español, cuando me preguntaban qué hacía yo decía eso, que daba clase de español, y de hecho allí en Estados Unidos, salvo en algunos ambientes, y entre algunos hispanistas, mi padre era un completo desconocido.

—*¿Lo leyó tarde?*

—Lo leo tardísimo, de hecho, después de su muerte leí su *Poesía Completa*, publicada en Aguilar, en la playa, y bueno... La poesía es un género

que nunca he sabido leer. Tengo amigos poetas y empecé a trabajar como editor en un proyecto de poesía, pero entrar en la poesía es algo que me cuesta mucho.

*—La falta de comunicación con su padre es constante hasta el final.*

—Bueno, en los últimos tiempos, en el hospital, ya en la última fase de su enfermedad, nos entendimos mejor. Él estaba ingresado en Boston en el Massachussets Institute y yo iba todos los días a verlo, por la mañana. Él decía que era el único que podía moverlo en la cama. Y me conmovía ver a ese hombre que había sido siempre tan fuerte, tan imponente, allí postrado... Recuerdo un incidente con un cura; yo salía de la habitación y él pretendía entrar pretextando que mi padre le había llamado, yo se lo pregunté y me hizo un ademán con la mano negándolo. Así que le dije que se fuera, y él me preguntó si era consciente de la responsabilidad que adquiriría impidiéndole la entrada. Y le respondí que únicamente obedecía a lo que me decía mi padre, y que el día que él lo pidiera yo mismo le iría a buscar. Pero en realidad nunca supe si le había realmente llamado o no.

*—Hay un episodio, iba a decir oscuro, en su biografía, pero más que oscuro es un poco grotesco, si me permite, hablo de su intento de suicidio una vez que asume su homosexualidad.*

—No, mi homosexualidad ya la tenía asumida. En ese momento pasa que ocurren cosas en una relación que entonces mantenía, tuve una ruptura, y sospecho que con ese gesto pretendía exteriorizar mi condición. Y efectivamente, fue un suicidio bastante bochornoso, me hice un corte con una navaja en el brazo, y empecé a sangrar un poco. Recuerdo que mi padre estaba asustado y desconcertado. Fui a un psiquiatra, que fue quien habló con mi padre y le explicó lo que pasaba, y fue quien le habló de mi homosexualidad, aunque él nunca me dijo nada. Fue un tema que nunca tratamos y del que nunca se habló.

*—Recuerda su llegada a España, vestido de «Hopkins», como usted mismo cuenta.*

—La España de 1954 era una España tétrica, toda la gente iba vestida de gris, con camisa blanca, corbata negra, como de luto. Yo no, llevaba una chaqueta de *tweed*, camisas con los botones en el cuello, y unos zapatos de *cordoban*, que era como vestíamos en la universidad, y sí, me miraban

como sólo saben hacerlo los españoles, y eso me sorprendía y me irritaba... Y recuerdo los bares, el ruido, el suelo lleno de cáscaras...

—*Sus memorias acaban justo cuando empieza a trabajar en Seix Barral, ¿hay una segunda parte, como en las películas?*

—Hay una segunda parte, lo que pasa es que es mucho más difícil, y para mí también mucho más aburrida en la medida en que esta primera parte son unas memorias noveladas, y ahora, en la segunda, hay que tener cuidado al citar nombres y fechas, y es muy difícil encontrar documentación, porque todos mis amigos han muerto, Barral, Gil de Biedma, y los archivos de los editores son una catástrofe. Y eso me está planteando problemas.

—*¿Cómo fue el encuentro con Barral?*

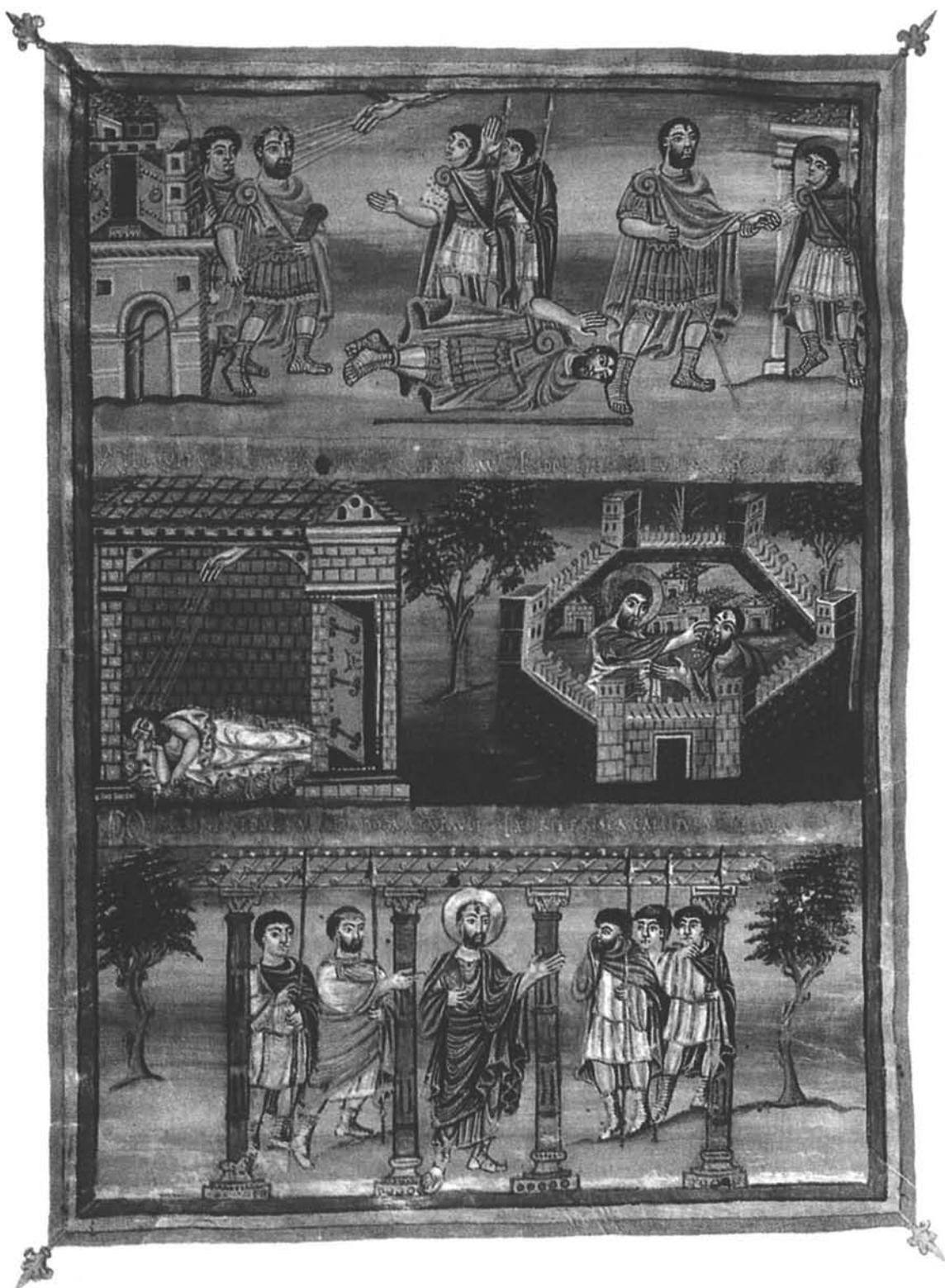
—Pues nada, a mí me ponen a trabajar en un lugar donde está Carlos, en una especie de barracones: ellos estaban al fondo, y yo en una mesita a la entrada, y pasaban a mi lado, me decían buenos días, y nada más. Pero Víctor Seix me invitó a comer un día, y me preguntó si tenía que ver algo con Pedro Salinas, y cuando le dije que sí, me respondió: ya verás cuando se entere Carlos. Y al día siguiente, cuando llegó, Carlos me abrazó, me insultó, me puso verde porque no le había dicho quién era, y me llevó al boliche donde estaban Gil de Biedma y todos los demás...

—*De modo que al final ser hijo de Salinas le llevó al Olimpo de los dioses...*

—Al Olimpo de estos dioses, sí...

Y se ríe un momento, apurando tal vez el segundo cigarrillo, que apaga en el cenicero pretextando que es mío.

Y decidimos dejarlo ahí, hasta la siguiente entrega.



La conversión de Pablo. Biblia francesa, 843-851